

Mateo 6:10, Oración: Adoración.

Introducción: Cristo ha enseñado a sus discípulos a orar, y el modelo que ha dado a seguir para orar, es tan completo que incluye absolutamente todo lo que necesitamos para dirigirnos a nuestro Dios en oración, como parte de nuestra devoción a nuestro Señor y Salvador, como parte de vivir una vida justa, una vida piadosa, que es la vida de la iglesia, del pueblo de Dios, tal como hemos venido estudiando en esta serie de sermones. Ya vimos la primera parte de esta oración a la cual llamamos invocación, ahora nos corresponde adentrarnos en la segunda sección que contiene las peticiones que debemos presentar al Señor, las cuales se dividen a su vez en adoración propiamente dicha, y peticiones por necesidades humanas. Hoy veremos las peticiones que hacen parte de la adoración, que a su vez son consecuencias de invocar al Padre Celestial, el que cuida de su pueblo, bendice y está siempre con su pueblo. Quiera Dios que hoy aprendamos a regocijarnos en adorar a nuestro glorioso Señor en la oración.

I. Santificado sea tu nombre

Desde la última parte del verso nueve de Mateo 6 se nos anuncia la primera petición: “Santificado sea tu nombre”. Antes de pedir cualquier cosa, antes de presentar cualquier queja, cualquier preocupación, somos llamados a adorar al Señor, a reverenciar su santo nombre. Entendiendo que en la Biblia cuando se habla del nombre de alguien, no se habla del mero título por el cual se le llama para diferenciarlo de otro, sino que se trata de la persona misma. Así entonces santificar el nombre de Dios, es santificar a Dios mismo. Dios es santo, y debemos tratarlo como tal, es más, debemos ser santos para poder santificar su nombre, Lv. 19:2. Por nosotros mismos no tenemos esta santidad, sino al contrario, muchas impurezas, de las cuales nos limpia Dios mismo, 1 Cor. 6:11; y nos enseña a vivir apartados, separados del pecado para agradar a Dios. Cristo nos enseña a pedir a Dios: “Santificado sea tu nombre”, esto es:

A. Que Dios sea conocido como él es

Santo, separado del mal, del pecado. Un Dios justo que no puede tolerar el pecado, y que de ninguna manera tendrá por inocente al culpable. Un Dios que es bueno y misericordioso, que es lento para la ira y grande en misericordia y verdad. Un Dios incomparable, incomprensible, que trasciende a todas las cosas y todos los tiempos, que es distinto de todo y de todos. Un Dios vivo y verdadero que se ha dado a conocer a su pueblo, revelando en sus títulos, algunos aspectos de su carácter. Cristo mismo oró: “*que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado*” (Jn. 17:3). Cuando oramos “santificado sea tu nombre” pedimos que Dios sea conocido como él es, separado de todo y de todos, que solo puede ser conocido en la medida que se revela en su creación y en su palabra, y no es producto de la imaginación del hombre. Y como consecuencia de pedir que Dios sea conocido como él es en verdad, pedimos también

B. Que Dios se exaltado por lo que él es

No tenemos mucho tiempo de hacer un estudio detallado de los nombres de Dios, pero veamos algunos pasajes que nos hablan de lo que Dios es y hace, y por lo tanto al contemplarlo, el creyente no puede hacer otra cosa que adorarlo. Hendriksen nos ayuda a resaltar algunos nombres de Dios que nos presenta el Antiguo Testamento: “EL”, esto es, Dios considerado como el Poderoso, no hay otro como él. “El-Shaddai”, Dios Todopoderoso, la fuente de salvación de su pueblo (Gn. 17:1; Ex. 6:3). “Elohim” (Gn. 1:1) es un plural, y se refiere a Dios en la plenitud de su poder. “Elyon”, el Altísimo (Nm. 24:16). “Adonai”, Amo (propiamente “mi Amo”) o Señor; (Ex. 4:10). Jehová, Ex. 3:13, 14; cf.

6:2, 3, “Yo soy el que soy” o “Seré lo que seré”. Lloyd Jones también nos recuerda que Dios se llama “Jehová-Nisi” nuestro estandarte, “Jehová-Jiré, El Señor proveerá, “Jehová-Shalom”, el Señor es nuestra paz, “Jehová-Raah”, el Señor nuestro pastor, “Jehova-Rapha, el Señor que cura, “Jehová-Tsidkenú”, el Señor justicia nuestra, “Jehová-Shammah”, el Señor está presente. Todo esto es Dios, ¿cómo no maravillarnos ante lo que él es, todo lo que hace por su pueblo?, ¿cómo dejarnos asombrar de las vanidades de este mundo en lugar de quedar perplejos ante la grandeza y peso de lo que es y hace Dios?, ¿cómo no dedicar tiempo a contemplarlo en oración maravillados, perplejos, en silencio, y diciendo también “Santificado sea tu nombre”? Al orar como Cristo nos enseñó, también pedimos al Padre, y cada uno en particular,

C. Que yo te conozca y te dé a conocer

Como mencionamos hace poco, esa fue la oración de nuestro Señor Jesucristo, que a través de él, otros le pudieran conocer, y con el conocimiento de sus discípulos, muchos más llegaron a conocerlo y gozar de comunión con el Padre Celestial, Jun. 17:6, 20-21. Esa era la pasión de Cristo, era la pasión del salmista, Sal. 34:1-3, y es la pasión de todo creyente que anhela fervientemente que Dios sea reconocido como grande, glorioso en todas sus perfecciones, no solo mediante un culto público de alabanza a Dios, sino mediante vidas transformadas por su poderosa palabra, vidas dedicadas a adorar a Dios no solo en comunidad cada día de reposo, sino en el diario vivir, en lo que cada uno es llamado, esto nos lleva de inmediato a la segunda petición.

II. Venga tu reino

La única manera en que Dios sea santificado, será mediante la extensión de su reino cada vez más en la vida de su pueblo, pueblo que se va extendiendo a lo largo y ancho del mundo y a través de los tiempos. Así que como creyentes adoradores, nos identificamos con ese reino de Dios que anhelamos sea extendido por doquier. Al pedir que venga el reino de Dios, que siempre ha estado y estará, pero que anhelamos sea más manifiesto en todos, pedimos:

A. Venga tu ley y tu gobierno

Eso es esencialmente el reino de Dios, su ley conocida, reverenciada y obedecida. Que su ley gobierne todos los aspectos de la vida del ser humano. Pedimos por esa justicia verdadera que es nuestro Dios mismo, por esa paz que solo su gobierno trae, que solo su reino trae, pues Dios que es nuestro Rey, es también nuestro Padre amoroso que nos ha traído su paz, Rom. 14:17. Fue el mensaje del Señor Jesucristo, Mr. 1:15. ¿Pero pedimos algo con lo que no nos queremos comprometer?, ¿pedimos lo que no entendemos?, ¿estamos realmente dispuestos a someternos a ese reino justo y santo de nuestro Dios?, ¿o más bien pedimos reinar sin la ley y el gobierno de Dios?, ¿quién te gobierna, ¿tus propias pasiones pecaminosas, tus malos deseos, tu manera particular de ver la vida que no es conforme a la ley de Dios?. Si eres seguidor de Cristo, debes clamar a Dios: “venga tu reino”,

B. Venga tu reino a mi vida y a la de otros

¿Es tu anhelo conocer mejor a Dios cada día?, ¿es tu anhelo servir a Dios por su gran bondad?, ¿es tu anhelo que Cristo reine en tu corazón de manera más amplia cada vez más, y que cada vez más Cristo viva en ti, y tu vida cotidiana la vivas en la fe en el Hijo de Dios, el cual te amó, y se entregó a sí mismo por ti?, ¿quieres que Cristo reine en los corazones de tus familiares, amigos y conocidos?. Tu oración entonces debe ser “venga tu reino”, tu anhelo debe ser que Cristo reine cada vez en más corazones, que se complete el número de los elegidos, empezando por tu propia vida, por experimentar en tu propia vida que la ley de cristo reina en tu corazón, que te sometes con gozo a

su tierno y amoroso reinado, que seas luz que muestra las virtudes de ese reino glorioso de nuestro Señor Jesucristo. Antes de pedir al Señor que te provea, que te sane o te ayude en lo que necesites, pide que veas en tu vida su reino viniendo con poder, que te transforme cada día más a la semejanza de Cristo, de acuerdo a su propósito eterno, Rom. 8:29, entonces clama a Dios “Venga tu reino”,

C. Que se establezca tu reino eterno

También pedimos al Señor que Cristo venga otra vez, la iglesia y el Espíritu dicen a Cristo: Ven, sí, ven Señor Jesús, Ap. 22:20. Entonces se consumará, se establecerá por completo su reino eterno, entonces toda rodilla se doblará y toda lengua confesará a Dios, (Rom. 14:11). No habrá más pecado ni maldad, y ya no habrá más muerte ni enfermedad, ni dolor, entonces la vida eterna cubrirá aún nuestros cuerpos, *“Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria”*. Ya está entre nosotros el reino de Dios, en nuestros corazones, pero faltan otros por alcanzar, y falta la llegada del tiempo en el cual su reino será sobre todos sus escogidos por la eternidad. Pero aún debemos orar “venga tu reino”, aún debemos como dice el himno: “trabajar y orar en la viña del Señor”. ¿Qué compromiso mostramos con el avance del reino de Dios, eres un ciudadano del reino que da honra a su rey, o eres un obstáculo para que avance su reino?, ¿puede ver tu familia que Cristo reina en tu vida?, ¿pueden ver tu pasión por el reino de Dios?, si quieres esto debes entonces clamar como sigue en la tercera petición:

III. Hágase tu voluntad

Esta es la tercera petición que hace parte de la adoración a Dios, de la devoción ferviente en oración, pidiendo que se hecha la voluntad de Dios. Debemos aclarar que Dios es soberano y hace como él quiere siempre en los cielos y en la tierra, Sal. 115:3, Dn. 4:35. En este sentido siempre se hace la voluntad de Dios en el sentido de que se cumple su propósito soberano aún sin que la gente que no le conoce lo entienda así. Pero el pueblo de Dios tiene la voluntad revelada de Dios por medio de su palabra, y debe estar comprometido con ella, y así cada creyente y la iglesia toda ora a su Padre celestial: “hágase tu voluntad”.

A. Que tu voluntad revelada sea conocida

En perfecta armonía con el deseo y petición por el avance del reino está lógicamente que la gente conozca a Dios, que conozca lo que él ha revelado acerca de sí mismo, de su obra, de lo que debemos creer respecto a él, y lo que él demanda de nosotros. De esta manera rogamos que muchos puedan invocar al Señor y ser salvos de acuerdo a su promesa, pero para ello Dios nos manda proclamar su voluntad revelada, para que así esta voluntad sea conocida, tal como expresa el apóstol Pablo en Rom. 10:11-15. El mismo apóstol en ese pasaje expresa que no todos creerán, pero él mismo fue ejemplo de dedicación a anunciar la buena nueva como medio usado por Dios para salvar a los suyos, para dar a conocer su perfecta voluntad, lo que ha revelado en su Palabra. Por esto debemos orar, porque conozcamos mejor la Palabra de Dios para poder comunicarla, y por supuesto para obedecerla nosotros mismos. “Hágase tu voluntad”, es pedirle a Dios

B. Que tu voluntad revelada sea obedecida

No basta un mero conocimiento intelectual, saber versículos de memoria, saber predicar o enseñar, o aconsejar a otros. Se trata de conocer personalmente a Dios, amar sus mandamientos, es decir, poniéndolos por obra, ejerciendo dominio propio por el Espíritu que nos ha sido dado, para someter todos nuestros deseos y pensamientos al señorío de Cristo. Debo anhelar conocer mejor a Dios, entender su voluntad revelada, y ponerla por obra. Pero esto es imposible para el hombre, y por

eso debe orar a Dios para que Él, que todo lo puede, lo haga posible, y de hecho nos ha prometido que si pedimos algo conforme a su voluntad, Él nos oye, y tenemos la petición que le hallamos hecho. Oremos a Dios que se haga su voluntad en nuestras vidas, aunque estemos pasando momentos angustiosos o frustrantes, aunque estemos rodeados de tentación, Cristo mismo lo hizo poco antes de ser entregado a muerte, Mr. 14:36. El mismo Hijo de Dios, como representante del pueblo de Dios, como sacrificio por el pecado del pueblo, ora, que se haga la voluntad del Padre a pesar de su angustia hasta la muerte. Hermanos, como dice el autor de hebreos *“Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado”*, pero aunque llegue ese momento, nuestra oración ha de ser: *“hágase tu voluntad”*,

C. Como en el cielo, así también en la tierra

Consideremos al Señor que reina desde el cielo, la considerar que sus ángeles hacen siempre su voluntad, y están deseosos por hacerla inmediatamente, sin demora alguna, con profundo regocijo y adoración, Heb. 1:7, Ap. 5:8-13. Los que están en el cielo conocen a Dios, y hacen su voluntad, nosotros somos ciudadanos del cielo, pero estamos de paso en la tierra, y ahora debemos clamar que en este mundo lleno de maldad, en nosotros, y en otras personas sea hecha su voluntad, que llegue el día de esos cielos nuevos y tierra nueva en donde mora la justicia, 2 Pedro 3:13. Empecemos por pedir que aquí y ahora sea hecha su santa voluntad en cada uno de nosotros, en nuestros corazones, en nuestros hogares, en nuestras familias.

Conclusión: Cristo nos dice: *“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”*. Roguemos que Dios ponga en nuestro corazones tanto el querer como el hacer, usemos este maravilloso medio de gracia que es la oración, y sigamos lo que Cristo nos enseña para que sea una oración que agrade a Dios, que sea muestra de una verdadera piedad, de una verdadera devoción ferviente por nuestro Dios, en donde lo más importante, el mayor anhelo, sea que el nombre del Señor sea santificado, reverenciado, adorado, en nuestra vida y la de los demás. Pidamos con fervor que venga su reino a nosotros, a nuestra casa, a nuestra ciudad, a todas las naciones, y que de esa forma, su voluntad revelada sea hecha aquí en la tierra, tal como perfectamente se hace en los cielos. Oremos.